

Una explosiva cadena de conflictos

El día 18 de 78

El entrelazamiento de querellas territoriales y de litigios geopolíticos es tal, en América del Sur, que la chispa del conflicto argentino-chileno sobre el Beagle podría encender el fuego de la guerra en una gran parte de la región

por Daniel WAKSMAN SCHINCA

II

Generador de tensiones diplomáticas entre Argentina y Chile durante 90 años, el contencioso sobre el Beagle parecía encaminarse a principios de esta década hacia una solución definitiva. Así lo hizo suponer, por lo menos, el acuerdo logrado por Santiago y Buenos Aires en 1971 en virtud del cual se sometía el caso al arbitraje de un tribunal internacional. Paradójicamente, en lugar de poner punto final a la querrela, el procedimiento sólo consiguió calentarla al rojo vivo. Hasta hace poco tiempo, el "mal del Beagle" constituía para ambos países una enfermedad crónica, incómoda pero más bien indolora; ahora, en cambio, ha asumido carácter crítico y está incluso a punto de provocar una guerra.

Una guerra. Es fácil decirlo. Para algunos, por lo menos, parecería estar resultando muy fácil. ¿Pero de qué guerra se trata? Por lo pronto, conviene tener presente, si se quiere abordar el análisis con realismo, que esa eventual contienda difícilmente quedaría limitada a Argentina y Chile. La propagación inmediata de la guerra constituye, a juicio de la mayoría de los observadores, la hipótesis más consistente para el caso de que estallen efectivamente las hostilidades entre Santiago y Buenos Aires. ¿Por inexplicable contagio de la excitación bélica? No, por razones muy evidentes: porque en América del Sur persiste en el momento actual una serie de litigios territoriales —algunos declarados, otros latentes o asordados— que se conectan y entrelazan por un complejo juego de alianzas o afinidades y que representan para la región un peligro tanto mayor cuanto que la administración de esos conflictos está a cargo, ahora, sin excepción alguna, de dictaduras militares. En semejante contexto, el pésimo manejo de la antigua disputa bilateral argentino-chilena sobre los 3 islotes australes podría conducir a una conflagración de vastas proporciones. Una verdadera catástrofe, porque no sólo reabrirla cruelmente las viejas heridas mal cicatrizadas sino que crearía otras nuevas y aún más profundas, hipotecando por muchísimo tiempo las posibilidades de integración y desarrollo de la región entera.

:: :: ::

Hace ya unos 4 años, en realidad, que el espectro de la guerra ronda por Sudamérica. En 1974 —primeros tiempos en el poder de Pinochet, últimos de Velasco Alvarado— circularon insistentes rumores sobre la gestación de un conflicto bélico entre Perú y Chile, al que se sumaría casi inevitablemente Bolivia. Obviamente promovida por los intereses externos enemigos del velasquismo, esta campaña incluyó no pocos elementos flagrantemente fantasiosos (como el de que los peruanos estaban instalando "bases soviéticas de lanzamiento de misiles", nada menos). Pero si semejantes provocaciones podían surtir algún efecto era porque debía haber cierto terreno propicio. ¿Cuál? Una herida vieja y mal cerrada, precisamente: la de la "guerra del Pacífico". En efecto, estallada en 1879 por obra y gracia de los intereses salitreros británicos, aquella contienda duró 4 años y terminó con la victoria chilena sobre la coalición peruano-boliviana. Perú sufrió la amputación de sus dos provincias del sur: Tarapacá y Antofagasta. Bolivia se vio privada a partir de entonces de su litoral marítimo. Para los bolivianos, la reivindicación de su derecho al mar se ha convertido en poco menos que un modo de reafirmar la identidad nacional. Y es hoy, además, una causa cuya justicia nadie niega. En Perú, aunque teóricamente la amputación de las dos provincias meridionales haya sido aceptada, el sentimiento irredentista late en ciertos ámbitos inocultablemente. Sólo se necesitaría una chispa para hacerlo arder. Puede alegarse que la sola alusión a este rencor inconfesable constituye una manera de excitarlo. Quizás. Pero negar su existencia sería imitar la política del avestruz, que cuando percibe un peligro esconde la cabeza bajo la tierra, suponiendo que al no verlo lo elimina. Por lo demás, a medida que se acercaba el año 1979, centenario de la iniciación de la "guerra del Pacífico", los signos indicadores de la tensión subterránea se han ido haciendo indisimulables. En ciertos medios chilenos se cree desde hace cierto tiempo en la autenticidad de un llamado "Plan Centenario", según el cual los peruanos sólo estarían esperando la fecha conmemorativa para lanzarse a una aventura revan-

chista. Especulaciones, sin duda: no es la magia de los números la que desencadena las guerras. Pero 1979 —año para el cual faltan apenas 2 meses y medio— podría resultar fatal, sin embargo, gracias al concurso de otros factores menos cabalísticos: el estallido de hostilidades entre Argentina y Chile, por ejemplo. El encrespamiento de las aguas del Beagle, pues, excitaba los ánimos en el Pacífico y en el altiplano. Y viceversa.

o o o o o

Resulta significativo comprobar, justamente, cómo durante los 3 ó 4 últimos años todos los elementos susceptibles de azuzar la pasión nacionalista y el sentimiento bélico en el Cono Sur se han ido combinando y alimentando recíprocamente. Refutando la tesis simplista según la cual la afinidad fascizante de los regímenes castrenses de la región debería impulsarlos a la constitución de un sólido bloque ideológico, la realidad ha mostrado que la existencia de esas dictaduras militares agudiza más bien las contradicciones. El ejemplo más rotundo ha sido el de las relaciones chileno-bolivianas. Si bien en un principio pudo pensarse que las coincidencias políticas de Bánzer y Pinochet favorecerían el logro de una solución para el problema de la mediterraneidad boliviana (así pareció confirmarlo el "abrazo de Charaña" y la reanudación de vínculos diplomáticos entre Santiago y La Paz después de 12 años de interrupción), los hechos siguieron luego un curso muy distinto. Y en la actualidad, el horizonte chileno-boliviano se presenta más oscuro que nunca. Justo cuando resuenan en el extremo austral los clarines prebélicos...

El contexto es, pues, de reactivación de rencoros históricos y confirmación de alianzas viejas que podrían reacondicionarse para enfrentamientos nuevos. Los cultores de la geopolítica (una "ciencia" que por cierto se ha puesto de moda en el actual Cono Sur) están de parabienes. Los Estados Mayores juegan a mapas y a alfileres, ordenan simulacros, inundan la televisión de consignas sobre defensa civil, convocan a la pasión patriótica, compran pertrechos y la diplomacia de la tensión. ¿Guerra? No, desde luego nadie quiere la guerra. Pero nadie permitirá tampoco que se vulnere su soberanía, que se atropellen sus derechos sagrados, que se pisotee su dignidad... La correlación de fuerzas es fundamental, obviamente. Lima y Buenos Aires exaltan la vigencia del "eje histórico" que liga a ambas capitales y nutren su camaradería con la común rivalidad frente a Chile. Por lo demás, Argentina está contribuyendo decisivamente al desarrollo de una industria nuclear peruana. Hay muchos motivos para estrechar vínculos. Lo mismo con Bolivia. Buenos Aires se convierte en la más entusiasta abogada de la causa marítima boliviana, en tanto La Paz respalda la posición argentina en el vértice austral. La diplomacia castrense conosureña se ajetea cada vez más. La semana pasada, so pretexto de la celebración del "Día de la Fuerza Aérea" boliviana, coincidieron en la capital de ese país delegaciones militares de alto nivel de Argentina y de Perú: imposible no registrar las señales indicadoras de la constitución de un frente común, informal pero efectivo. Los militares de Santiago, mientras tanto, tratan tardíamente de obtener otros respaldos: también la semana pasada, justamente, el general Carrasco (jefe del Estado Mayor del Ejército chileno) viajó a Brasil mientras el vicealmirante Carvalho Chagas, jefe del Estado Mayor de la Armada brasileña, y varios otros altos oficiales, visitaban Chile. Pinochet procura al mismo tiempo reforzar la amistad con Ecuador: Quito alimenta hacia Lima un sentimiento análogo al que Lima experimenta frente a Santiago, y el hecho de que Morales Bermúdez no pueda descuidar la vigilancia de su frontera con Ecuador constituye por cierto una carta a favor de Chile. Los estrategos peruanos, en efecto, no podrían lanzar todos sus efectivos al sur sin correr el riesgo de que los ecuatorianos aprovecharan la oportunidad para ejercer su reivindicación de la zona amazónica perdida en la década del 40. La madeja es, como puede verse, enredada. Nada nuevo, en realidad. Salvo el hecho de que todas estas contradicciones están hirviendo ahora al mismo tiempo. ¿En beneficio de quién?